

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

18º domingo del Tiempo Ordinario (4 agosto 2019)

(Comisión Permanente de la HOAC)

El pobre cristiano es el que comunica sus propios bienes a otros que lo necesitan o los desean; y no consiste tanto en dar como en compartir. La fracción del pan es su símbolo perfecto. El espíritu de pobreza manifiesta el Amor cristiano en el compadecer (padecer con) y conduce necesariamente a anteponer las necesidades y los deseos de los que se ama a los propios deseos y a las propias necesidades (Rovirosa, OC, T.I. 145)

Una de las causas de esta situación se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero. En su origen hay una crisis antropológica: la negación de la primacía del ser humano. Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del antiguo becerro de oro ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero, y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano (EG 288).

Mi proyecto de vida

La reflexión de hace algún año sobre el uso de nuestros bienes, sobre la comunión de bienes, es un buen punto de partida para esta oración. Toma tu proyecto, revisa tu vida en este curso que ha finalizado. Mira tus bienes, tus ingresos, lo que dedicas a la comunión, a la misión. Mira aquello a lo que te aferras y de lo que te cuesta desprenderte o compartir. Aquello que te guardas. Mira lo que idolatras: aquello en que pones tu confianza.

Hazte consciente de tu pecado, que también lo hay, siempre es el mejor comienzo para cambiar.

Librame, Jesús

*Del anhelo de ser amado
del deseo de ser alabado,
del ansia de ser honrado,
del afán de ser consultado,
del empeño en ser aprobado,
de la aspiración a ser perfecto...
líbrame, Jesús.*

*Del afán de almacenar bienes,
del anhelo de ser rico,
del empeño en caer bien,
del deseo de sobresalir,
del ansia de darme a la buena vida,
de la aspiración a no fallar...
líbrame, Jesús.*

*Del temor a ser despreciado,
del temor a ser calumniado,
del temor a ser olvidado,
del miedo a ser ofendido,
del miedo a ser ridiculizado,
del miedo a ser acusado,
líbrame, Jesús.*

*Del temor a lo desconocido,
del temor a ser amado,
del temor a salir perdiendo,
del miedo a vivir en pobreza,
del miedo a renunciar a lo necesario,
del miedo a fracasar en la vida...
líbrame, Jesús.*



Escucho LA PALABRA

Lc 12,13-21: Lo que has acumulado, ¿de quién será?

En aquel tiempo, dijo uno del público a Jesús:

–Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia.

Él le contestó:

–Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros?

Y dijo a la gente:

–Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes.

Y les propuso una parábola:

–Un hombre rico tuvo una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos: ¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha.

Y se dijo: Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el grano y el resto de mi cosecha. Y entonces me diré a mí mismo: «Hombre, tienes bienes acumulados para muchos años: túmbate, come, bebe y date buena vida».

Pero Dios le dijo: «Necio, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿de quién será?».

Así será el que amasa riquezas para sí y no es rico ante Dios.

Palabra del Señor

Confronto mi vida con la Palabra

La parábola de los grandes almacenes es la parábola de nuestros días: deseo de tener, deseo de consumir, deseo de acumular. Consumir y comprar lo que no necesitamos, poniendo en ese acto el cumplimiento de nuestra felicidad. Nos convertimos en lo que consumimos, y nos volvemos del modo en que consumimos. Consumimos deseos; deseos de cambiar cosas aunque aún nos valgan, por estar a la última, creyendo que eso es lo que nos permite ser. Vivimos una cultura en que todo tiene precio, plazo, uso, y fin.

Este sistema nos ha convertido en trabajadores a tiempo parcial, pero en consumidores a tiempo completo, y consumimos de todo: también personas. Las elegimos, las usamos, las exprimimos, y, cuando no nos resultan útiles, nos deshacemos de ellas, las sustituimos. Consumimos personas, deseos, cosas, vidas, dolor, espectáculos, esperanzas...

Y siempre queremos más, aunque sepamos que la vida no depende de eso. La vida no consiste en acumular. La codicia (no solo de dinero, o de cosas) –que es idolatría– no asegura nuestra vida, ni nuestra felicidad, porque no hace posible nuestra humanidad.

La codicia nos aísla aún más. El corazón de la parábola es el monólogo del rico que vive aislado: "y se dijo...", ensimismado con sus bienes, dispuesto a disponer de ellos en exclusivo beneficio propio. Es la raíz de esta cultura del "descarte", es la raíz de la inequidad, de la injusticia que convierte a tantos excluidos en material de desecho, en sobrantes de nuestra sociedad. Es la raíz de nuestra impasibilidad, de la indiferencia, de la incapacidad de compasión, porque la cultura del bienestar nos anestesia, dice el papa Francisco (EG 57).

Es cuestión de prioridades y de sentido. Es cuestión de quién ocupa, de verdad, mi corazón y el centro de mi existencia. Es cuestión de dónde está, de verdad, puesto nuestro corazón; de qué es lo que, de verdad, nos duele. En el fondo, la parábola de este evangelio, la parábola de los grandes almacenes, es la parábola del vacío, de la soledad, de la desesperanza.

La riqueza ensimismada, no compartida, que no sirve para que otros puedan vivir, la que no se comparte por amor, es alienante, deshumanizadora, injusta, violenta, causa de muerte, negación de la comunión, negación de la fraternidad y, por eso, negación de Dios. Lo que no se comparte se pudre, y acaba por pudrirnos también a nosotros.

En la medida en que olvidamos nuestra condición de criaturas, vocacionadas a la fraternidad solidaria, nos cerramos a Dios, nos volvemos inhumanamente necios e insensatos. Y aquí no hay justificación posible. Cualquier justificación se vuelve más pecado.

San Juan Crisóstomo recordaba que *no compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos*. El dinero debe servir, no gobernar. También el nuestro, el personal y familiar.

A ver si va a resultar que se nos va la fuerza por la boca en nuestro compromiso con los pobres, en lugar de que se nos vaya por el bolsillo. A ver si va a resultar que tenemos el corazón, no en el pecho, sino junto a la cartera.

Es la Palabra la que nos cambia el corazón.



A la luz de este evangelio quizá puedes volver a mirar tus dineros y tus cuentas corrientes, y tus casas, y tu tiempo, tu disponibilidad, tu servicio. Lo que en tu vida inviertes en ti, para ti, y lo que inviertes –en ti– para los demás. Y formula tu compromiso para crecer en espíritu de pobreza.

Pido al Señor poder vivir partiendo y compartiendo

Compartir

*Partir con quien nada tiene
pero que es digno de todo
a sus ojos,
y a los de Dios*

*Partir no solo lo sobrante,
también lo que hemos robado,
lo que hemos trabajado
y hasta lo necesario.*

*Partir por justicia, por amor,
por encima de lo que es legal,
sin llevar la cuenta,
hasta que el otro se sienta a gusto.*

*Partir con sencillez y entrega,
sin creerse superior o mejor,
sin exigir cambio
o reconocimiento.*

*Partir evangélicamente
en todo tiempo,
en todo lugar,
en toda ocasión,
ahora ya.*

*Partir,
o al menos intentarlo;
nunca en soledad,
siempre en compañía;
nunca para salvar,
y, menos aún para sentirse salvado;
sencillamente para hacer posible
el compartir,
como Tú, Señor.*



Y ofrezco mi vida

Señor, Jesús, te ofrecemos...

María, Madre de los pobres, Ruega por nosotros